

EL VÍA MATRIS, PROCESIÓN MARIANA DE DOLOR Los dolores de Nuestra Señora en el marco más histórico

Ricardo Guerra Sancho

Cronista Oficial de la Ciudad de Arévalo

En las celebraciones procesionales de la Semana de Pasión arevalense



encontramos actos y procesiones de origen histórico varias veces centenarias, que sufrieron los vaivenes del tiempo y de las circunstancias de cada momento. Muchas de ellas se recuperaron con la refundación hace casi treinta años de la antigua cofradía de la Santa Vera Cruz que en tiempos pasados llevaba también el sobrenombre “de Ánimas”. Una cofradía penitencial y de asistencia religiosa al “buen morir” y obsequiar a

los pobres y transeúntes de un entierro digno, una práctica piadosa que compartía con la otra Cofradía hermana, la de Las Angustias. Pero en lo que destacó nuestra Semana Santa desde su antiguo origen medieval, fue en sus celebraciones penitenciales en tiempos renacentistas, barrocos y modernos.

En otras ocasiones y desde estas mismas páginas, hemos tenido la oportunidad de comentar diversos aspectos de aquellas celebraciones históricas de la Semana Santa en Arévalo, de sus confluencias con las ciudades de la Corte, Valladolid y Madrid, o de su cabeza de obispado, Ávila. También de sus particularidades, las primeras procesiones, o sus procesiones nocturnas, las penitenciales o de disciplina, la imaginería, los pasos y los momentos, las representaciones teatrales de la pasión y otros aspectos que, en su conjunto, formaron la sobria personalidad, silenciosa, y respetuosa de las celebraciones de Arévalo, semejantes a las semanas de pasión castellanas.

Hoy quiero recordar cómo una celebración moderna, de recreación relativamente reciente, algo más de 25 años, ha tomado carta de naturaleza, ha tomado fuerza y profundidad religiosa entre las celebraciones populares. Me estoy refiriendo al Vía Matris que se celebra cada viernes de dolores, previo a la Semana Santa propiamente dicha, es como su antesala.



Arévalo es una ciudad mariana por excelencia, como se ha puesto de manifiesto a lo largo de su historia, de profundas raíces y veneración a la Madre, concretamente a la Madre Dolorosa, que aquí está representada históricamente por la advocación de Nuestra Señora de las Angustias. Un pueblo fiel que se conmueve con los dolores de la Madre, que siente en su propio interior los dolores de la Madre, que la reza y venera sobre otras advocaciones y títulos.

Es la Virgen de las Angustias, representada con su corazón traspasado por siete cuchillos, el símbolo de los siete dolores de la Virgen. Siete dolores que son las siete estaciones de este singular Vía Crucis, que recorre las escenas que dan origen a sus atributos. Desde que el profeta Simeón dijo a la Virgen "...una espada atravesará tu corazón", la piedad del pueblo cristiano desarrolló todo un repertorio pasional en torno a la Madre de Jesús hasta fijar esos siete dolores como señas de identidad.



El Viernes de Dolores, desde la mudéjar iglesia de Santa María la Mayor parte esta comitiva entrada la noche, con sus estaciones repartidas por diferentes lugares de una monumental Plaza de la Villa de Arévalo que luce en la noche sus galas de luz, arte e historia acumulados. A veces el canto o los vuelos de pájaros distraen por un momento la vista de los creyentes participantes que rezan y cantan; o los vuelos majestuosos de las cigüeñas que llenan los nidos de las torres, o el

sonido del crotorar que retumba entre estos muros históricos. Este circuito de la plaza castellana y medieval tan hermosa es, al tiempo que marco ideal para estas escenas de la Madre Dolorosa, también el bellissimo marco de una iconografía arraigada en los corazones de los arevalenses.

Las imágenes que portan los cofrades de la Santa Vera Cruz son dos. Una Virgen Dolorosa de rostro de dolor contenido, sereno y con lágrimas en las mejillas, que vuelve su rostro, mira y observa a su Hijo pendiente de la Cruz, esportada por las mujeres de la cofradía. Y un Cristo de mano, de los que eran denominados "de entierro" y tamaño de un tercio, portado por un cofrade con orgullo y emoción, que es acompañado de otros cofrades con faroles, envueltos en sus túnicas blancas y capelinas verde oliva. Luz de velas, luz tenue y temblorosa que hace penumbra e invita al recogimiento.

Y entre lecturas meditadas y oraciones, susurro de cantos de pasión acompañando los pasos lentos y cadenciosos del pueblo fiel que acompaña a la Virgen en su dolor. Algún año con la suavidad de la primavera, a veces con los rigores del invierno tardío. Si el tiempo lo impide, se realiza dentro del templo, aunque no puede acoger toda la gente que acude.

Este es el preludio de nuestra Semana de Pasión, recogida, silenciosa, fervorosa. Y, aunque el marco sea dado a la admiración plástica y artística, es una manifestación auténtica, exenta de espectáculo. Apenas acuden un par de centenares de personas, que participan y rezan... apenas algún espectador en la penumbra de los soportales mira con discreción y sin estorbar.



Al final, resuena el himno de la Virgen de las Angustias, como un ritual vibrante y sentido, voces del pueblo que llenan de sentimientos lo más profundo.

Pocos días después, y en esta ocasión al amanecer, el Vía Crucis de la mañana realizará otro recorrido más amplio, el circuito de la ciudad histórica, también con profunda participación y escenas bellísimas. Pero ese es ya otro relato.

